





# EL SELLO DE SANJANA

TOMO I: LOS ANTIGUOS MANUSCRITOS



Estíbaliz Domínguez

# EL SELLO DE SANJANA

TOMO I: LOS ANTIGUOS MANUSCRITOS



Primera edición: julio 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Estíbaliz Domínguez

ISBN: 978-84-18828-46-1

ISBN digital: 978-84-18828-47-8

Depósito legal: M-21472-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi padre, quien espera este libro desde que soy niña.*



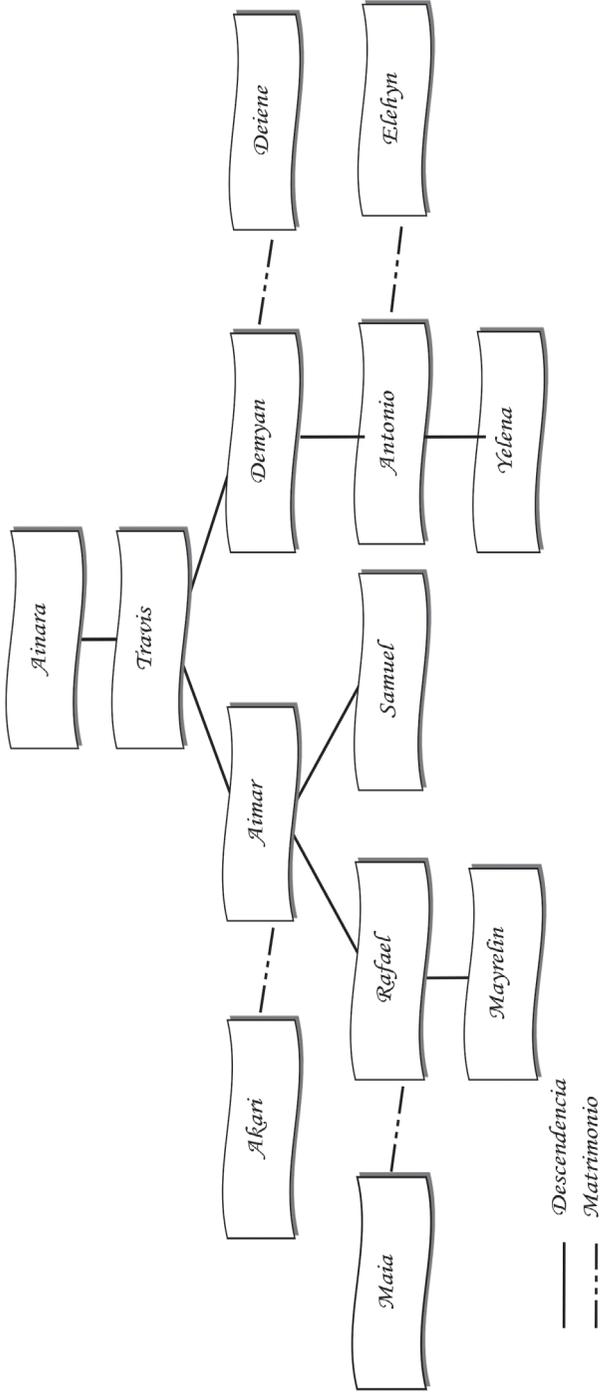
## Contenido

CAPÍTULO I Fantasmas en la noche .....	13
Manuscrito I La historia de Kunturi y Millaray .....	17
CAPÍTULO II La vida en las montañas .....	25
CAPÍTULO III La llegada de los extranjeros .....	31
CAPÍTULO IV Una triste y sombría mañana .....	43
Manuscrito II El viaje de los Siete.....	53
CAPÍTULO V Casta de guerreros.....	59
CAPÍTULO VI El embarazo de Maia .....	65
CAPÍTULO VII Nueva investidura.....	69
CAPÍTULO VIII La enfermedad de Samuel.....	73
CAPÍTULO IX Los antiguos manuscritos.....	81
CAPÍTULO X El viaje de Amir.....	91
CAPÍTULO XI El camino del oeste .....	103
CAPÍTULO XII En busca de una familia .....	109
CAPÍTULO XIII Un lugar donde aprender .....	121

CAPÍTULO XIV La nueva aprendiz.....	129
Manuscrito III Las Gemas del Recuerdo .....	137
CAPÍTULO XV La situación se agravó .....	143
CAPÍTULO XVI El viejo loco de las rocas .....	153
CAPÍTULO XVII Nos esperan duros momentos.....	165
Manuscrito IV Cantos de la Era del Olvido .....	175
CAPÍTULO XVIII La sangre oculta los secretos .....	179
CAPÍTULO XIX Suryak de Vidyaranya.....	187
CAPÍTULO XX La muerte cae del cielo.....	197
CAPÍTULO XXI Un mundo en las sombras .....	209
CAPÍTULO XXII El rostro de la traición .....	221

# Genealogías de los linajes del Norte

Descendientes de Ainara hija de Egor





# CAPÍTULO I

## Fantasmas en la noche

La silueta alta y silenciosa de un hombre que pasó veloz por las calles sombrías y arenosas de la ciudad fue lo único que perturbó la tranquilidad de la noche. Se movía con rapidez. De vez en cuando, se detenía y miraba a los lados para asegurarse de que nadie lo observara. Su mirada penetraba la oscuridad con la claridad de un animal nocturno. Una larga capa negra que lo cubría rozaba el suelo con un leve susurro. Aun quien se lo encontrara de frente sería incapaz de ver a aquel hombre de negro que se movía como un fantasma a través del frío de la noche. Parecía tener prisa, pero aún así avanzaba con cautela, aguzaba los oídos y se sumergía cada vez más en la penumbra.

No se detuvo hasta alcanzar las afueras de la ciudad, donde solo se veían montículos negros entre las sombras de las colinas cercanas. Hacia allá se dirigió. Llegó a los pies de un monte y esperó agazapado entre los tupidos arbustos. Una pequeña puerta metálica se abrió en medio de la maleza. Entonces entró. Adentro no había ninguna iluminación. La oscuridad era aún más densa que afuera, pero él no necesitaba la luz para orientarse. Bajó unas escalinatas de piedra que conducían a un sendero subterráneo. Avanzó raudo sin fijarse en los muchos hombrecillos que iban y venían por los diferentes caminos de las oscuras galerías. No mucho después, llegó a un punto en donde el camino se hizo más ancho. Solo entonces aminoró el paso. Palpó su ropaje negro y se aclaró la garganta an-

tes de detenerse frente a dos altos portales de madera que tenían tallados unos extraños símbolos. Miró despacio y con profundo respeto las inscripciones de las enormes puertas y cuando se sintió seguro, llamó tímidamente a una de ellas. Los pesados portones se abrieron y el hombre entró.

—¿Qué noticias tienes? —dijo una voz grave y ronca desde el fondo de un amplio recinto. El lugar estaba en total oscuridad; la cara del hablante no se podía distinguir.

—Amir, del País de Sanjana, ha partido hacia el Norte, señor, dicen que su hermana acaba de tener un accidente.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor. Sus soldados están extenuados —continuó el recién llegado—. En el Norte ha estallado la guerra civil.

Una risa ronca se propagó por la habitación. Su grotesco eco rebotó en la oscuridad de las frías paredes de piedra y siguió sonando y sonando por un largo momento, dando una idea de cuan gigantescas eran las proporciones de aquel cuarto.

—La guerra civil, ¿dices? Perfecto, ya es tiempo —la sombra de un hombre muy alto se movió en el fondo del cuarto y se levantó de una silla—. Pensé que este día no iba a llegar. Su alianza con el Norte nos ponía las cosas difíciles y, sin embargo... —calló por un instante antes de que su estridente voz rompiera de nuevo el silencio de la habitación—: ¡el momento ha llegado! ¡Es tiempo de terminar para siempre con esas raleas!

Otras sombras de hombres de alta estatura vestidos de negro se movieron en los lúgubres rincones del amplio recinto. Ahí habían estado, agazapados, expectantes y en silencio. Pero la sentencia que resonó en el ambiente los animó. Empezaron a hablar. Sus rostros eran muy semejantes. Solo la profunda palidez de sus semblantes parecía romper la oscuridad.

—Cruzaremos el desierto —siguió la voz ronca. Era pausada pero enérgica, muy grave. Parecía el ruido de una máquina—. Seremos veloces y silenciosos; las sombras nos acompañan. Los soldados no nos sentirán llegar. ¡Beberemos su sangre en las copas de

sus cráneos! Estamos invitados a una gran ceremonia de muerte, no podemos faltar. Adelante. ¡Partimos de inmediato!

La densa penumbra opacaba el sonido de los precipitados pasos y el susurro de las capas. Como fantasmas, abandonaron el recinto, recorrieron las galerías y desaparecieron devorados por la oscuridad. Un trueno que retumbó en la distancia anunció la presencia de grandes gotas de lluvia que interrumpieron la tranquilidad de la noche.



## Manuscrito I

### La historia de Kunturi y Millaray

—¡Mamá! —gritó una vocecita aguda. La niña, con la respiración agitada y la conmoción en el cuerpo, permanecía inmóvil, aferrada a su muñeca de trapo, sentada en el borde de la cama. Se había vuelto a despertar con la angustia que le producía la sensación de ir corriendo sin parar. Por la ventana, un resplandor entró desde la oscuridad de la noche y le iluminó el rostro. La niña se tapó los oídos con las manos para no escuchar el estruendo ensordecedor del trueno capaz de derrumbar toda la casa. La habitación se estremeció hasta los cimientos. La luna y las estrellas se ocultaron por una monstruosa nube negra que cubrió el cielo a todo lo ancho. Instantes después, una torrencial tempestad se desencadenó desde lo alto. La furia del agua y el viento chocaban enfurecidas y amenazantes contra el vidrio de la ventana mientras la niña lloraba sin voz, muda por el terror.

La puerta de la habitación se abrió con suavidad y una mujer pequeña y regordeta entró tranquilamente con su amable rostro iluminado por la luz de una vela. Miró dulcemente a la niña y la invitó a volver a la cama.

—No tengas miedo —le dijo en un susurro, mirando la tormenta rugir por la ventana—, solo piensa que mañana será un día hermoso. Siempre el amanecer es más bello después de la más horrible tempestad. Si quieres, te puedo contar una historia mientras pasa esta borrasca; se te pasará el miedo y podrás dormir en paz.

Los claros ojos de la niña miraron con atención el rostro de su madre mientras intentaban ignorar el estrepitoso retumbar de un segundo trueno, igual de fuerte y espantoso que el primero, el terrorífico aullido del viento y el amenazador ataque de la lluvia contra el vidrio de la ventana.

—La historia de Kunturi y Millaray —dijo la mujer con su voz lenta y calmada— es en realidad una antigua leyenda, la más conocida e importante de nuestra cultura, que relata el origen de los linajes de la Tierra. Si escuchas atentamente, tal vez todavía puedas percibir el rugir de las cuatro potestades que viven dentro y alrededor de ti. Ellas, una vez, contemplaron y recorrieron por mucho tiempo esta pequeña esfera, con la firme intención de dejar, cada una a su manera, la huella de su pasar. Y les pareció acogedora, aunque sabían que había muchas cosas que enmendar, pero siempre pensaron que podían convertirla en un lugar ideal.

La primera potestad irrumpió por la boca de los volcanes con un gran estampido que estremeció con violencia el interior de la Tierra. Transitó incansable por sus entrañas, produciendo calor y energía y provocando toda la agitación que le era posible, pues de ella dependía el despertar de la simiente en el interior de cada forma de vida. Fue así como logró crear la llama sagrada, la llama indeleble, la que se formó en el corazón de la Tierra y que debía también crecer y expandirse dentro de cada uno de sus descendientes.

La segunda potestad abrazó y envolvió el planeta con su largo cabello cristalino y produjo océanos de pensamientos, mares de deseos y ríos de ideas, capaces de crear y dar vida a los elementos inertes. Mientras esos caudales permanecieran puros y fluyeran profusos dentro del cuerpo de cada ser, no habría nada que temer.

La tercera potestad, vestida de relucientes ropas verdes, fue la primera en tomar la decisión de hacer florecer en ella su proge. Bailó y cantó alegremente junto al mar, batiendo las palmas y llamando con ansias a todo aquel que fuera capaz de hacer brotar la vida en ella. Hubo dos que desde los cielos escucharon ese canto y

ambos, embriagados por el encantador llamado, quisieron cumplir su más íntimo anhelo.

Descendió primero la luna y levantó los mares, desbordó los ríos y, por meses y meses, las lluvias no cesaron de golpear tempestuosas la superficie de la Tierra. La tierra se inundó y toda vida naciente se ahogó. Se acercó entonces el sol y se burló de la luna. Sus rayos calentaron con fuerza la tierra y secaron el agua de ella. La vida empezó a reverdecer, pero se marchitó rápidamente.

Llegó de nuevo la luna y se rió del sol y este discutió con ella y ambos se insultaron y detestaron. No se volvieron a hablar. El sol, enojado, decidió dividir un territorio de la Tierra para él solo y no dejó entrar ahí a la luna. Sus rayos brillaron intensamente sobre esta tierra, esperando que de ella brotara su prole, pero la tierra se tornó árida y seca. Lo mismo quiso hacer la luna y dividió un territorio solo para ella e hizo levantar de nuevos los mares, esperando que de estos brotara su estirpe, pero todo era oscuro y frío.

Indignadas de los constantes altercados entre el sol y la luna, las grandes montañas que se alzaban solemnes en medio de ambos territorios decidieron pedir ayuda a las estrellas para poner fin a tan irritante querrela. Las abuelas se reunieron y danzaron, dejando caer sobre la faz de la Tierra un fino polvo escarchado. Llamaron entonces a la cuarta potestad que voló por entre las nubes blancas del cielo y transportó el polvo de estrellas a ambos lados de las montañas.

El fino polvo, mezclado con gotas de mar y calentado por los rayos del sol, formaría dos espléndidos seres. Uno de ellos cayó del cielo en medio de remolinos de viento y arena, bajo el brillo ardiente del sol, y se llamó Kunturi. El otro brotó de la tierra húmeda como lo hace una flor, en medio de la noche, y se llamó Millaray. La cuarta potestad entró en una ráfaga de aliento por las narices de los dos seres y estos abrieron de inmediato sus ojos.

Ni el sol ni la luna, ocupados en reclamar la superioridad de su creación, sospecharon jamás de la astucia de las estrellas. Ellas, viejas y sabias, habían ideado un poderoso plan. Al término de su

infancia y cansados de transitar por las mismas tierras sin mayor novedad, los dos seres pronto se darían cuenta de que algo les faltaba y de que se sentían incompletos. Exasperados por llenar ese creciente vacío en su interior y notando que sus prolongadas búsquedas no daban fruto, empezaron a menguar y a enfermar.

Solo las grandes montañas nevadas en medio de las dos tierras eran testigos de lo que pasaba. Llamaron al joven Kunturi y le explicaron la razón del porqué no encontraba lo que buscaba; tal cosa no se hallaba en los desiertos, se encontraba lejos, más allá de las montañas, en una tierra que se decía pertenecía a la luna. Debía subir los picos y llegar hasta allá sin ser visto. Y las montañas resolvieron ayudarlo. Hubo un gran terremoto que modificó la forma de las cimas, creando un empinado y estrecho camino que iba de un lado de las montañas al otro y unía ambas tierras. El camino no era fácil de recorrer, pero, sin descanso, el hijo del sol subió y bajó tan ágil como un río que se abre camino a través de los cerros, y llegó triunfante a la tierra de la luna.

Nada podría haber intervenido en lo que siguió a continuación. En un remolino de viento húmedo mezclado con arena seca, la hija de la luna y el hijo del sol corrieron el uno hacia el otro, atraídos como imanes poderosos, hasta que se encontraron y se ensamblaron en un eterno abrazo. Sus brazos y piernas se entremezclaban entre ellos, buscando la manera de fundirse de nuevo en una sola partícula. Y así duraron muchos días sin que hubiera nada en todo el mundo que los pudiera separar. Ni siquiera la irritación del sol y de la luna, que, al encontrar sus creaciones juntas en tan enmarañada relación, hicieron todo lo posible por apartarlas. No obstante, lo que mantenía estos dos seres unidos era mucho más fuerte que el poderío ardiente del sol o la furia tormentosa de la luna, quienes, al comprenderlo, no tuvieron otra opción que sentarse juntos a observar cómo la pareja se enaltecía, extasiada en su propia felicidad.

Nadie se imaginaba lo que sucedería después. Embelesados ante tan apoteósico encuentro, el sol y la luna no se dieron cuenta de que estaban juntos por primera vez. Los rayos del sol se mezcla-

ron con las gotas de lluvia y se produjo un fenómeno nunca visto. Semejantes a enormes festones cayendo del cielo, una infinidad de colores tiñeron la superficie del globo, matizándolo de vivos y diferentes tonos, envolviéndolo y sumergiéndolo en una extraordinaria festividad de colores. Lentamente, como siguiendo el suave compás de una gran sinfonía, las flores se empezaron a abrir, los árboles dieron sus frutos, los pastos reverdecieron, los pájaros cantaron y toda vida animal cobró existencia por primera vez.

Todo tenía su lugar y único puesto dentro de la colosal danza de la vida; cada hoja y cada flor se movían en absoluta y precisa sincronía mientras los destellos de los colores penetraban las piedras y las semillas. Nada, ni una sola gota, grano o partícula quedó sin ser tocado. Era la gran celebración de la vida, donde todo cantaba y todo danzaba de manera diferente y única. Pero de todas las que se realizaban, la más sublime era, sin duda, la danza de la pareja, cuyos cuerpos intrincados parecían fusionarse envueltos en las más hermosas tonalidades del color.

Era tal la enajenación de los astros del cielo y de las potestades de la tierra al observar con exquisito deleite todo cuanto ocurría, que jamás pensaron en alguna otra cosa que sobrepasara tal belleza. Pero eso fue antes de ver lo que sucedió a continuación, cuando súbitamente, una fulguración blanca emergió de los vientres unidos de la pareja y explotó en siete destellos. Sus cuerpos se estremecieron. Solo en ese momento la pareja abrió los ojos, detuvo su danza y ambos cuerpos se apartaron lentamente para ver lo que había sucedido. Observaron entonces algo pequeño que se abría paso a empujones de en medio de ellos: siete pequeños cuerpos caían con suavidad.

La mujer hizo una pausa mientras miraba por la ventana. La tormenta había amainado y de ella solo quedaban unas pocas gotas que se deslizaban por el vidrio antes de morir en el marco de la ventana. La niña inquirió con entusiasmo:

—¿Y qué pasó?

—Ya es tarde, tienes que dormir...

—¡No! Dime cómo termina.

—El final no lo sabrás esta noche —replicó su madre—. Por ahora solo te puedo adelantar una cosa más —la niña abrió de nuevo grande sus ojos y escuchó ávida a su madre.

—Ambos, tanto el sol como la luna —explicó—, comprendieron desde entonces que solo su trabajo unido garantizaba la preservación de la vida. La parte de la tierra que había pertenecido una vez a la luna siguió teniendo frecuentes visitas suyas, pero con la ayuda del sol se convirtió en un reconocido país de grandes ríos, junglas y animales exóticos. Por otro lado, el territorio que había pertenecido al sol había sido fuertemente quemado y siguió siendo tierra de desiertos, de altas mesetas y montañas rocosas y arenosas todas vestidas con colores dorados y blancos.

Finalmente, el sol, en honor a su unión con la luna, quiso hacerle un obsequio a la hija de esta. Utilizó uno de sus rayos más suaves y delgados y empezó a cincelar con extrema delicadeza el brazo derecho de la joven que había brotado de la tierra. Dibujó una semilla envuelta en un círculo y, a su alrededor, una sucesión de redondeles superpuestos cuyos trazos se unían para formar los pétalos abiertos de una flor. La compleja y bella figura geométrica centelleó con resplandores dorados. El sello, áureo recordatorio del origen de la vida, debería ser heredado de generación en generación. Mas solo uno de los siete hijos de Kunturi y Millaray heredó la Flor. Tres de sus hermanos viajaron a otras tierras y nunca regresaron; dos más, aturdidos por algún extraño hechizo, desaparecieron en alta mar y, finalmente, la última sería consumida por algo oscuro y terrible que habitaba en ella, algo que se dice dio origen a los entes más repugnantes que habitaran sobre la faz de la Tierra, los Anyuri, que terminaron destruyéndola.

La niña esbozó una expresión de terror y antes de que preguntara a gritos lo que había sucedido, su madre replicó firmemente:

—Lo que sigue forma parte de otras historias: las Gemas del Recuerdo, la leyenda del reino perdido de Occidente, el mito de Anyuri la hechicera, entre otras. Te las contaré en otra noche de tormenta porque ahora tienes que dormir.



## CAPÍTULO II

### La vida en las montañas

Los suaves rayos del sol que entraban por la ventana de mi habitación me iluminaron el rostro y me trajeron de vuelta al mundo tras un sueño largo y pesado. Abrí los ojos, estiré los brazos y me levanté de la cama. Amrita, mi madre, se hallaba en la cocina canturreando su canción preferida. Abrí la puerta de la casa. Una suave brisa proveniente de las montañas me acarició la cara y me alborotó el cabello. La brisa traía aromas a plantas silvestres, a flores y a tierra húmeda. Miré hacia el cielo. Blancas nubes se desplazaban lentamente arrastradas por el viento y ocultaban partes de los grandes picos que se elevaban frente a mí. Una bandada de pajaritos de colores se dirigía hacia los árboles de las colinas con su cantar alegre saludando la mañana. Todo esto solo quería decir una cosa: la primavera había llegado.

—¡Pero ya te levantaste! —oí decir a la cariñosa voz de Amrita detrás de mí—. Vístete y ve a traerme unas hojas de artemisa de la falda de la colina. Las necesito para el remedio de la señora Uma. Sigue bastante mal con esos cálculos renales que la han atormentado desde que era joven.

Diez años habían pasado desde que Amrita me contaba fantásticas historias y antiguas leyendas por las noches antes de dormir. Hara, mi hermana, siempre se opuso a que mi madre «me llenara la cabeza de cosas inexistentes». Decía que yo, igual que todos los

niños, era capaz de entender los asuntos del mundo real sin tener que recurrir a tan absurdas fantasías. Pero no era cierto. Hara era la inteligente. Ella podía comprender muchas cosas, entre ellas la física y la química; yo no. Ella era la mejor de su curso y se había ganado una beca para continuar sus estudios científicos en la ciudad; en la escuela decían que su intelecto era muy avanzado para su edad. La primera vez que escuché a la profesora elogiar a Amrita por los logros de Hara sentí vergüenza. Yo solía enterrar sus gordos libros o romper sus frascos de experimentos. Siempre rezongué de la seriedad y la rigidez de Hara, me parecía que se había vuelto tan tiesa como la pasta de los libros que tanto estudiaba.

Sin embargo, el día en que Hara partiría a la gran ciudad llegó y fue en ese momento cuando me di cuenta de cuánto iba a extrañar a mi hermana. Amrita lloraba desconsolada a pesar de las promesas de Hara de venir a visitarla apenas se le hiciese posible, y de eso ya hacía unos años. Sentí entonces un gran vacío. Muchas veces creí que todo sería mejor sin sus constantes reproches de «debes estudiar más, haz un esfuerzo» o «deja de andar corriendo por ahí con Sharuhk y concéntrate en tus estudios, verás que te irá mejor», pero estaba equivocada.

Me vestí y tomé una alforja que Amrita había tejido a mano. Era una mañana cálida y había bastante viento. Dejé mi cabello suelto y me dirigí lentamente hacia la colina donde debía recoger la artemisa. A medio camino, escuché un grito detrás de mí.

—¡Espera!

Un joven corría en mi dirección.

—¡Sharuhk!

El joven se acercó jadeante y aplacó con las manos su desordenado cabello.

—El cartero me entregó esto, es para tu mamá —me mostró un sobre—. Dice que lo tenían guardado desde hacía días, pero que por las lluvias de las últimas semanas ningún cartero había querido subir hasta aquí. ¡Son tan perezosos!

Tomé el sobre sin mirarlo y lo puse dentro de mi alforja. Sharuhk me miró con una sonrisa. Sus ojos estaban a mitad escondidos detrás de su cabello azabache que no había logrado ordenar. Tenía gruesas cejas y sus pestañas abundantes delineaban y les daban profundidad a sus ojos también negros. Este era el rasgo más característico de nuestro país; todos tenían ojos negros, cálidos y profundos en los que, según los dichos de algunos forasteros, se podía percibir el reflejo y la majestuosidad de las montañas como por una ventana abierta. Por lo tanto, aquí, yo era la única excepción a esta regla. Pero eso era todavía un misterio.

—¿Hacia dónde ibas? —me preguntó Sharuhk apartándose el pelo de la cara.

—A recoger artemisa. ¿Sabías que la señora Uma sigue enferma?

—Sí, eso he escuchado, pero aun así está muy entusiasmada con la celebración de la llegada de la primavera. Abajo en el pueblo están repartiendo flores y dulces. Todos dicen que este año se hará la mejor fiesta, que habrá comida y rifas y hasta dicen que explotarán bengalas durante varias semanas. Nadie está tan enfermo como para perderselo. Hara es la única persona que conozco que se haya quejado de los fuegos artificiales. Dizque el ruido no la dejaba estudiar para sus exámenes finales. ¿Quién estudia para esos exámenes?

No respondí. Sharuhk se acercó.

—La extrañas, ¿verdad?

—Sí.

—Deberías bajar al pueblo, todos estarán allá, será divertido.

—En dos horas paso por tu casa.

—De acuerdo, nos vemos.

Sharuhk se dio la vuelta y yo seguí mi rumbo hacia la colina. No me dirigía hacia cualquier colina, pues la artemisa no crecía en todas partes y la ubicación exacta de cada planta silvestre solo la podía conocer alguien como yo, una buena campesina de las montañas.

La vida en las altas cumbres solía ser muy tranquila. Los campesinos permanecíamos en paz con la naturaleza y aprendíamos a comunicarnos con ella. A las montañas les gustaba conversar con nosotros. De hecho, los ancianos eran quienes comprendían con precisión sus señales y nos las comunicaban a los demás. Ellos decían que las montañas nos transmitían su voluntad a través del viento, que era como su aliento que descendía desde sus elevadas entrañas y nos susurraba cosas al oído, pero solo aquellos que supieran escuchar podrían entender sus mensajes. Los vientos nos advertían también de la llegada de las estaciones. Cuando sentíamos el aire tibio bajar con rapidez desde las montañas, era porque el verano se acercaba y temperaturas muy elevadas estaban azotando el resto del país. Pero nosotros aquí, cerca de los grandes picos, muy poco sufriríamos ese calor; nuestro clima era siempre fresco. Los vientos que venían del lado opuesto de las montañas, desde el océano, traían la estación de las lluvias, muy abundantes, que beneficiaban y hacían levantar vigorosas a nuestras cosechas. Por esos días, los terrenos se inundaban y Sharuhk y yo aprovechábamos para hacer artesanías con el barro blando y fresco en que se convertía la tierra. Después de las lluvias, llegaba el invierno, cuando todos los picos se tornaban blancos como algodones, un escenario hermosísimo de ver.

Hacer artesanías en barro era mi segundo pasatiempo preferido; el primero era simplemente correr, subir y bajar lomas con Sharuhk. Juntos buscábamos nuevas metas y él, que quería ser cantante, aprovechaba la emoción de escalar un pico cada vez más alto para cantar baladas a todo pulmón.

Anteriormente, nuestra tierra era reconocida por su extensa tradición en mitos y leyendas. Era muy visitada por extranjeros que buscaban entender sus orígenes o descubrir su camino. Les gustaba venir al antiguo monasterio, del que se decía que era un lugar sagrado, donde los más sabios de la Tierra se reunían para hacer estudios o para debatir ideas. El monasterio se encuentra sobre una de las más altas cimas y el camino para llegar a él es muy difi-

cil. Se requiere una preparación previa para cualquiera que aspire a subir hasta allá. Los monjes que lo habitan decían que las mismas montañas iban decidiendo si los que subían eran dignos de llegar hasta sus puertas, pues nada se podía hacer en contra de la voluntad de las gigantes. Y esto se confirmó plenamente hace doce años.

Nuestra tierra solía estar unida a la tierra del otro lado de las montañas por un antiguo y estrecho camino que atravesaba las cimas por el oeste. Ese sendero era el único medio de salir o entrar a esta región, pues las montañas forman una gran muralla, y nadie con suficiente sensatez osaría atravesarlas por otra parte que no fuera por allí. Ellas nos mantienen aislados, algunos dicen que protegidos de todo lo que sucede en otras tierras. En un punto determinado, el camino se dividía en dos; la vía principal continuaba su travesía por las montañas mientras que la otra subía hacia el monasterio. Hace doce años, hubo un gran terremoto que derrumbó la montaña sobre la vía principal y cerró por completo el paso. En la noche del derrumbe, cientos de personas quedaron sepultadas bajo las rocas y la nieve. Desde entonces, nadie se ha molestado en intentar reabrir el camino y menos ahora que corren rumores extraños. Se dice que son tiempos oscuros, tiempos de guerra, que las tierras más allá de las montañas se hallan en conmoción y que el esplendor de antaño ha sido barrido como el polvo del olvido de las mentes de los seres humanos. Se tejen muchos mitos alrededor de unos invasores surgidos hace ya varias décadas de un lejano desierto y que estarían devastando todas las tierras a su paso. Algunos dicen que son como el hado de la muerte, demonios, hechiceros, magos negros que buscan dominar todos los pueblos de la Tierra y que, finalmente, nosotros aquí, cercados por las montañas y gracias a nuestro completo aislamiento, es como podemos vivir en paz.

